

manifiesto, es que sin *Cántico* no tendríamos *Guirnalda civil*. No me refiero a lo evidente: vida implacable, «en potencia futura la Esperanza». Sino a esa capacidad que tiene el poeta para aprehender la *realidad-en-sí*. No ha de acudir al improperio, al insulto. Guillén aísla el objeto —sentimiento, visión, pensamiento—, no lo circunda de ningún subjetivismo, haciendo posible que un tema histórico, político y aun biográfico aparezca dentro de la precisión de su propio contorno. Se lo apropia con toda la claridad del ser del objeto. La voz del poeta no tiene armónicos de odio o desdén o desesperación románticos —el desnivel entre el soñado ideal y la realidad—. La voz expresa una palabra definidora. Su ironía es una distancia y la burla nos entrega el tamaño. No hay comparación con un *debe ser*; el canon lo da la realidad del hombre: lo humano. Escala que a lo más horrible, cruel y repulsivo le hace adquirir una cualidad burlesca.

## GUILLEN O LA METAFORA DE LA RESURRECCION AMPARO AMOROS MOLTO

«Y una voz como Lázaro, espera  
que le diga: ¡Levántate y anda!»  
Bécquer.

Con frecuencia aparece la figura de Lázaro en la poesía española contemporánea ilustrando el tema recurrente de la resurrección. Sobre la anécdota bíblica del milagro, vida y muerte se articulan, configurando el inquietante enigma de un regreso imposible. Testigo del misterio, convocado de nuevo por la Voz a un mundo abandonado, semejante y distinto de los otros, el personaje se erige como representación de una imagen reveladora de la incógnita de la condición humana y del poder de la palabra. No es extraño, por ello, encontrarlo, una y otra vez, tratado de las diversas formas que la riqueza de su ambigüedad permite. De resonancias unamunianas, el tema de la resurrección aparece en autores tan distintos como Cernuda, Vallejo, Guillén o Valente.

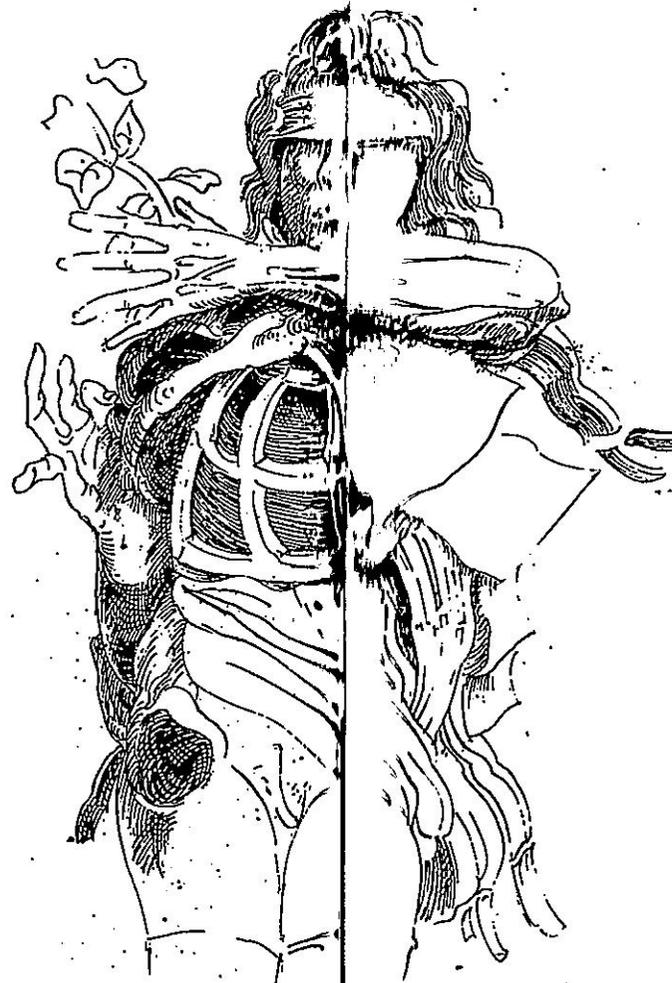
En *Las nubes* (1937-1940), junto a textos tan significativos como la «Elegía española (I y II)», «Impresión de destierro» o «A Larras con unas violetas», hay un poema titulado «Lázaro». Cernuda utiliza la primera persona para darnos, a través del personaje, su propia visión. La órbita del prodigio incluye sólo a Lázaro y a la voz amiga que lo llama. Los demás quedan fuera, atentos sólo a lo accidental, insensibles, ajenos, excluidos:

«Porque aquellos rostros ávidos, sobre mí estaban mudos, mordiendo un sueño vago inferior al milagro, como rebaño hosco que no a la voz sino a la piedra atiende, y el sudor de sus frentes oí caer pesado entre la hierba.»

La resistencia de Lázaro a volver a una existencia sentida como «locura» y «error de estar vivo/siendo carne doliente día a día» es vencida por el amor («Entonces, hondos bajo una frente, vi unos ojos/llenos de compasión, y hallé temblando un alma/donde mi alma se copiaba inmensa,/por el amor dueña del mundo») y la palabra («Pero él me había llamado/y en mí no estaba ya sino seguirle»). Pero el sentimiento tan cernudiano de extrañamiento con la realidad es la impresión que Lázaro expresa al habitar de nuevo un mundo, contemplado ahora desde la fría lucidez de la distancia que ha conocido quien lo abandonó:

«Encontré el pan amargo, sin sabor las frutas, el agua sin frescor, los cuerpos sin deseo; La palabra hermandad sonaba falsa, y de la imagen del amor quedaban sólo recuerdos vagos bajo el viento. El conocía que todo estaba muerto en mí, que yo era un muerto andando entre los muertos.»

Como el exiliado que regresa y ya no encuentra nada igual porque sus ojos, que han mirado otros espacios, no volverán a ser los mismos, este «hijo de la muerte» conoce la soledad de ser distinto. Protagonista de una experiencia única y reveladora, personaje y autor se identifican en su desconsuelo, pidiendo a Dios «fuerza para llevar la vida nuevamente». A través de los ojos del amigo se llega la respuesta: lo único capaz de dar sen-



tido de nuevo a la vida del poeta es la verdad de su obra, el trabajo constante, la búsqueda incansable de la belleza:

«La hermosura es paciencia. Sé que el lirio del campo, tras de su humilde oscuridad en tantas noches con larga espera bajo tierra, del tallo verde erguido a la corola alba irrumpe un día en gloria triunfante.»

Podríamos contrastar el tratamiento del tema en Cernuda con el que hace de él César Vallejo en su poema «Masa», de *España, aparta de mí este cáliz*, fechado el 10 de noviembre de 1937, donde sin aparecer la figura de Lázaro, se produce la simbólica resurrección de un oscuro combatiente arrastrado de nuevo a la vida por el clamor y la fuerza de millones de anónimas voluntades. La impresionante visión de cómo la solidaridad humana vence a la muerte en una suerte de hermandad universal, adquiere en la palabra del peruano una desnuda y emocionada expresión:

«Al fin de la batalla, y muerto el individuo, vino hacia él un hombre y le dijo: «No mueras; ¡te amo tanto!» Pero el cadáver, ¡ay!, siguió muriendo.

Se le acercaron dos y repitiéronle: «¡No nos dejes! ¡Valor! ¡Vuelve a la vida!» Pero el cadáver, ¡ay!, siguió muriendo.

Se aproximaron cuatro al uno muerto: «¡No ser más a tu lado para que no te vayas!» Pero el cadáver, ¡ay!, siguió muriendo.

Acudieron a él veinte, cien, mil, quinientos mil, clamando: «¡Tanto amor y no poder nada contra la muerte!»

Pero el cadáver, ¡ay!, siguió muriendo.

Entonces, todos los hombres de la tierra le rodearon; les vio el cadáver triste, emocionado;

incorporóse lentamente,  
abrazó al primer hombre; echóse a andar.»

En la poesía de José Angel Valente es la resurrección uno de sus temas fundamentales. Su segundo libro, *Poemas a Lázaro* (1955-1960), trata sus distintas posibilidades significativas en textos donde se asocian el tono meditativo, la precisión expresiva y un matizado simbolismo sutilmente utilizado. La muerte cotidiana se encierra en «El sueño» de cada día, en el dolor del hombre que es la noche sombría que lo aqueja, en su imposibilidad de vencer su destino último y en la necesidad de asumirlo persistiendo en el penoso esfuerzo del vivir. Así el poema «Cae la noche» termina pidiendo el pan de un renacer continuado: «¡Tú que puedes,/danos nuestra resurrección de cada día!» En «El resucitado» la experiencia de la muerte es adivinada por los otros en el hombre silencioso y desconocido que contempla las cosas con mirada distinta, que interroga a cuanto le rodea buscando razón de sí, el solitario reflexivo que se cuestiona el sentido del existir humano, del milagroso amanecer diario:

«Callaba como  
si hubiese regresado de la muerte,  
como si entre él y nosotros  
hubiese un tácito secreto  
al que fuese vano aludir.  
A veces su mirada  
caía tiempo y tiempo  
sobre la clara forma de un objeto  
y parecía interrogar:  
—¿Qué sabes tú de mí?  
Tal vez aquello  
que a nosotros nos sirve  
para ganar certeza  
no le bastaba a él:  
como si detrás de sus manos



otras menos visibles  
convirtieran en polvo  
cuanto pudo tocar.  
Jamás supimos  
quién era ni  
testimonio de quién.  
Nunca dijo su nombre.  
Solía contemplar  
solitario los campos,  
la faena de todos,  
la humilde tierra abierta,  
donde cada mañana  
se alzaba milagrosamente el sol.»

Como otra forma de resurrección la continuidad de la historia nos convierte en prolongación de cuantas vidas se truncaron para conseguir un futuro más digno para todos. Así en el poema «Cementerio de Morette-Glières, 1944», el tema alcanza un tono testimonial:

«No reivindicaron  
más privilegio que el de morir  
para que el aire fuese  
más libre en las alturas  
y los hombres más libres.  
[.....]  
La nieve aún dura prodigiosamente  
viva en el aire mismo  
donde morir fue un puro  
acto de fe o de supervivencia.  
¿Quién podría decir que murieron en vano?  
[.....]  
Otros duermen tal vez  
bajo una cruz desnuda, lejos  
de su país, de su memoria, donde  
todos los muertos son  
un solo cuerpo ardiente:  
carne nuestra, palabra,  
historia nuestra que no conocimos,  
sangre sonora de la libertad.»

En «La ciudad destruida» el poeta se pregunta ante la desolada imagen de las ruinas si será posible una definitiva resurrección:

«Común materia, el aire, el tiempo, el hombre  
¿se salvarán de la segunda muerte?  
Entre la destrucción y la inocencia nueva  
¿podrán ser rescatados de la noche?»

El tema es tan persistente en la obra de Valente que en su libro *Interior con figuras* (1973-1976) volvemos a encontrar otro poema titulado «Lázaro»:

«Al final sólo queda  
la voz, la voz, la poderosa voz  
de la llamada:

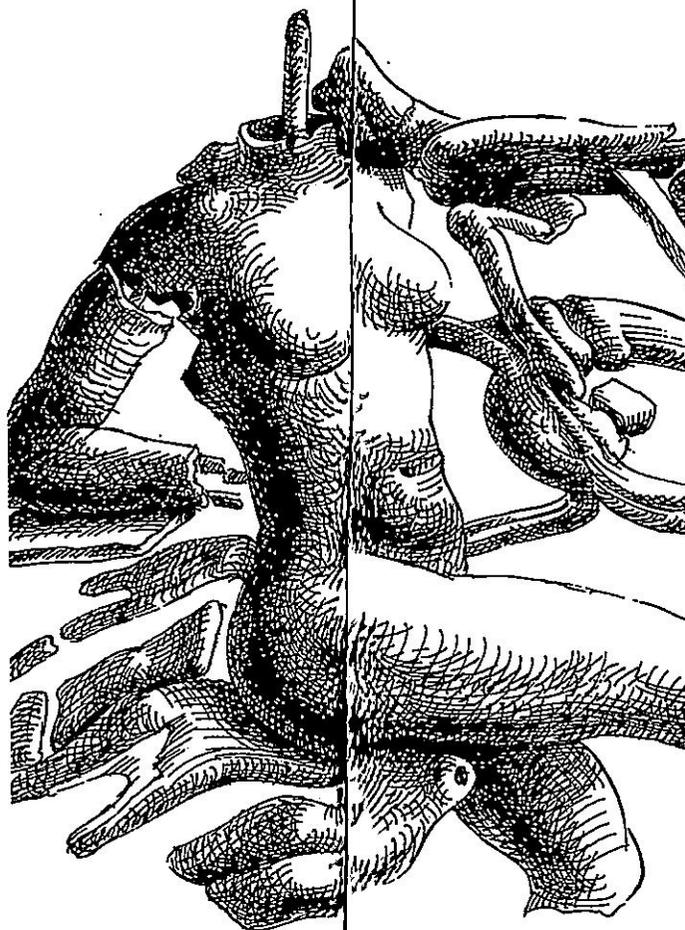
—Lázaro,  
ven fuera.

Animal de la noche  
sierpe, ven, da forma  
a todo lo borrado.»

Aquí el elemento fundamental es la fuerza activa de la palabra: Lázaro —que es el propio poema— es reclamado, urgido a salir al exterior, a manifestarse. Latencia oscura que habita en lo profundo del interior del poeta, animal de esa «noche» que es «muerte» y es «no ser», siempre que simboliza resurrección (1), pero también la arcana sabiduría abismal que es llamada a informar su propia creación verbal, revelándose así como única forma de conocimiento de la realidad que toma por objeto.

La reiterada insistencia en la idea —justa, pero ya tópica— de que el núcleo de la poesía guilleniana es un éxtasis gozoso

(1) Teillard considera a la serpiente, por su muda de piel, símbolo de resurrección (Teillard, Ania, *Simbolismo dei Sogni*, Milán, 1950).



ante la maravilla del vivir, ante la armónica belleza de un mundo bien hecho parece reclamar atención, por contraste, para el lugar que ocupan en su obra temas relacionados con la muerte. José Luis Cano, en un artículo incluido en un Cuaderno Homenaje a Jorge Guillén (2), titulado «La muerte en la poesía de J. G.», hablaba del tratamiento peculiar, resignado y estoico, agnóstico y antirromántico, que hace el autor de *Cántico* de esa fuerza enemiga de la vida, absurda e irracional que, poco a poco, a través de su poesía, pasa a ser asumida como «justa fatalidad» inevitable que va a imponerle «su ley no su accidente». Adentrándonos en las páginas de *Clamor* descubrimos, en su segundo libro, de título manriqueño, *Que van a dar en la mar*, un extenso poema en cuatro partes que me interesa especialmente porque su figura central supone el punto en que coinciden el tema de la vida con la reflexión —ilustrada por la imagen fluvial— del tiempo y de la muerte. Espacio fronterizo, encrucijada o desembocadura, «Lugar de Lázaro» despliega un territorio fértil para quien procura encontrar un nuevo punto de mira que permita replantear desde otros presupuestos la escritura de Guillén.

Comienza el poema presentándonos a Lázaro muerto: la vida, «aquella concordancia venturosa/del ser con todo el ser» ha abandonado su cuerpo «montón futuro/montón indiferente y disgregado,/tierra en la tierra o en el aire». La muerte es distancia, ausencia, «traición involuntaria», infidelidad a los otros y a la imagen que de nosotros se hicieron cuando habitamos entre ellos: profunda soledad:

(2) *Homenaje a Jorge Guillén* (VI Reunión de Poesía, Vélez-Málaga, 1974), Publicaciones Arte y Cultura, Plaza del Carmen, Vélez-Málaga, 1979, págs. 26

«¡Oh, cadáver, oh siempre el más extraño,  
tan inmediatamente extraño a todos!»

Inmovilidad y olvido en los que sólo  
persite la «conciencia de algún término im-  
posible/de eludir o negar: esa alma «inhabi-  
tante ahora (...) de su propio reducto» que  
intenta reconocerse en este «tan ex-Lázaro  
por Limbo»:

«Por aquella región desmemoriada.  
¿Qué le importan a Lázaro la Tierra,  
los hombres?

Tan ajeno es ya lo ajeno  
que se hunde, se extingue en el olvido.  
Fatal naufragio oscuro. Nadie llora.  
Todo queda entre zarzas corporales.»

Hay un sentimiento de nostalgia por la  
vida que hace exclamar al poeta: «¡Más Acá  
inasequible!» Y, a continuación, un juego de  
palabras que nos da la medida del despego  
de todo que la muerte supone:

«La Eternidad devora los recuerdos,  
las raíces manchadas de mantillo,  
toda huella de tráfigos, de pasos:  
muertos quizá los vivos para el muerto.»

Mientras su espíritu habita entre «las  
potencias preparadas/a plenitud celeste», so-  
bre la tierra otros seres prosiguen su activi-  
dad diaria, que despierta nuevamente la año-  
ranza de quien escribe:

«¡Oh vida y su desliz entre suspiros  
de los que transcurriendo se entreviven!»

Una vez más la muerte es aceptada  
como lo inevitable, serenamente, pero sin en-  
contrar en ella las connotaciones positivas  
que le atribuye Cernuda, no sólo en el poema  
que hemos comentado, sino también en libros

anteriores como *Donde habite el olvido* (1932-  
1933). Dice Guillén: «Lázaro se conforma.»  
Aquí el personaje se resigna a la muerte,  
mientras que el Lázaro cernudiano se resig-  
naba a la vida. Sobreviene una «pureza terri-  
ble» y un «sosiego permanente» que en lugar  
de producirnos una sensación de paz bienhe-  
chora causan un inquietante malestar que nos  
recuerda aquellos versos de José Hierro en  
su poema «Serenidad», de *Tierra sin nosotros*:

«Serenidad, tú para el muerto,  
que yo estoy vivo y pido lucha.  
Otros habrá que te deseen:  
esos no saben lo que buscan.»

En la segunda parte del poema, más  
narrativa, se reproduce la escena bíblica de  
la resurrección. El «Hijo del Hombre» se diri-  
ge a Betania, donde con Marta, María y cuan-  
tos aman a Lázaro, se encamina al sepulcro  
y pronuncia la fórmula del milagro:

«Y clamando hacia el sepulcro:  
Levántate. Ven tú mismo.  
Entonces el sepultado  
sale de su propio horror,  
prieto de cabeza a pies  
entre blancuras, en pos  
de la sagrada palabra  
que exige resurrección.  
Palabra que eternamente  
lanzando está aquella Voz  
—eternamente suprema  
sobre deidad y varón—  
a los hijos de los hombres,  
necesitados de amor.»

La tercera parte describe el regreso  
del resucitado a la vida cotidiana, a las pre-  
sencias familiares, a los objetos humildes  
que pueblan su entorno habitual. Hay dos ele-

mentos que refuerzan la identidad de Lázaro: «sentirse dependiente del prójimo», de su afecto, y habitar su lugar de origen:

«Ser en pleno —con todas las raíces— por entre los vocablos que son patria: estas calles y calles de rumor que es música.»

Con naturalidad, sin representar su papel de «ex-muerto», callando su experiencia intransferible, «humildemente a gusto», acepta el manso transcurrir del tiempo «buen navegante por su propio río,/acomodado con su ser fugaz», repitiendo los simples gestos habituales, «Lázaro se abandona a la corriente/ del vivir incesante». Pero su interior está inquieto:

«A veces,  
en una suspensión de la faena  
dialogando consigo,  
sin dormir sobre el lecho  
de sus noches, a veces largas, claras,  
Lázaro va hacia atrás,  
se hunde.  
De paz no goza el hombre que recuerda  
para sí, para dentro, lo indecible.  
Unico en el retorno de ultratumba,  
se interroga, compara, sufre, teme,  
se encomienda a su Dios,  
suplica.»

El poema termina con una cuarta parte en la que es el propio personaje quien toma la palabra para dirigirse a su Señor. A pesar de lo aprendido en el silencio —que es la muerte—, a pesar de su «exigencia de cumbre» que lo empuja «cruel» hacia los cielos, Lázaro sólo se siente él mismo en la tierra, entre las cosas y las gentes familiares, entre los otros hombres:

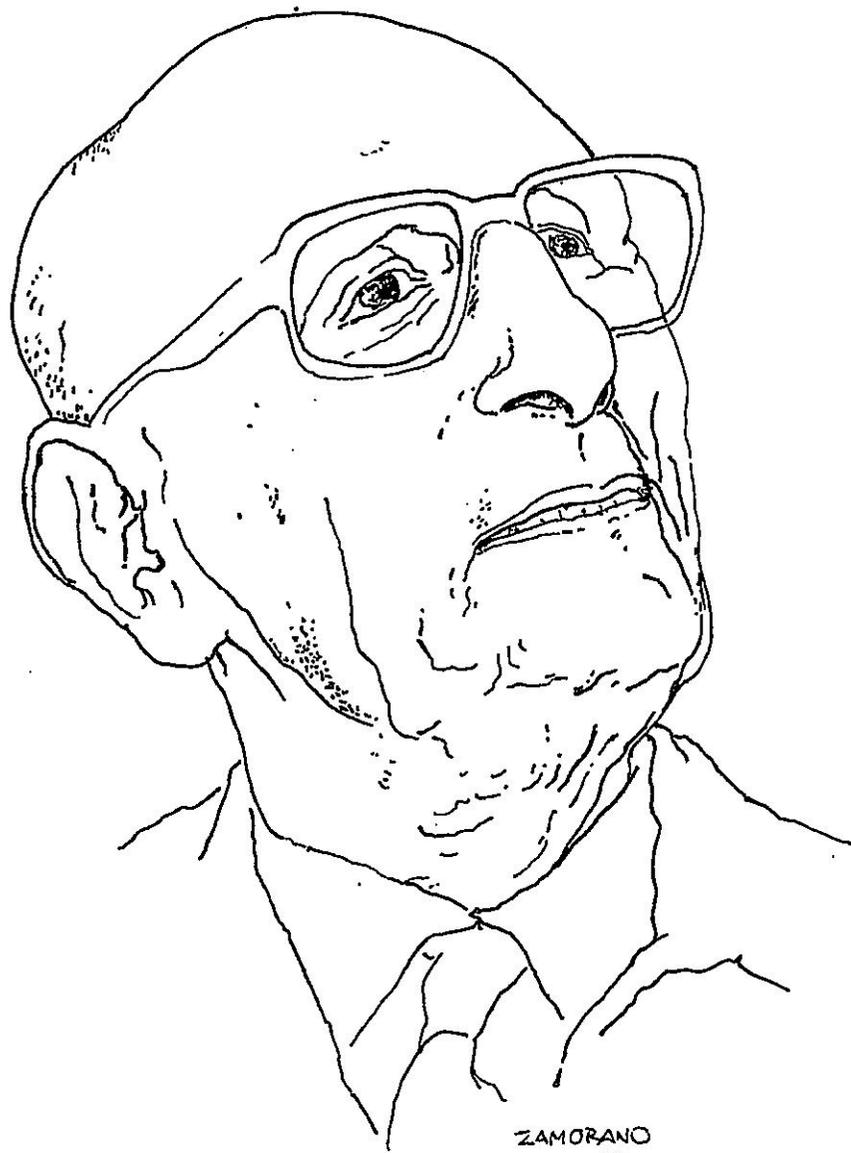


«Soy —porque estoy.  
Yo aquí soy  
yo, yo mismo: carne y hueso.»

El verdadero «Lugar de Lázaro» no es la «patria definitiva» que encontrará al final del «gran viaje» («para mí ya de regreso», dice) y a pesar de que el poema termina expresando su deseo de creer en la verdad que el Hijo le ha revelado, queda bien patente que él siente que su sitio está en este mundo, vivo y acogedor, que se ofrece a sus sentidos como existencia plena:

«Si fuera  
yo habitante de tu Gloria,  
a mí dámela terrena,  
más estíos y más bosques,  
y junto al mar sus arenas,  
y en los pasos inclementes  
fuego: que chasque la leña.»  
«Mi alegría asciende a Ti,  
a Ti que todo lo inventas.  
Eres tú quien me regalas  
rebullicios de riberas  
y bajo móviles sombras  
amor a esta tierra entera.»

Decía Lezama Lima que la poesía es la gran metáfora de la resurrección. En Jorge Guillén se cumple alguno de los múltiples sentidos que esta afirmación encierra. En su obra poética la muerte no es destino angustioso, ni temeroso olvido. Es una realidad que se somete al exorcismo de la palabra y a través de ella se transmuta en afirmación de un pleno y renovado existir. La Voz que rescata a Lázaro y lo devuelve a su lugar: el centro en armonía de un jubiloso universo, conjura la poesía guilleniana del silencio y la nada a la luminosa ceremonia de la vida. Y de ese modo, su escritura se convierte perpetua metáfora de la resurrección.



## EN LA MESETA VICENTE ALEIXANDRE

(JORGE GUILLÉN)

Si le miráis de cerca sentiréis cómo luce  
una frente desnuda —apenas pelo breve en cima fina.  
Erguido aún, porque, delgado siempre, puja hacia arriba,  
hacia luz, y medra.

Y sobre el fondo ilustre de meseta, el cielo  
coronador, el viento fiel, la norma  
hecha de sol en pureza, y soplos  
—oh maravilla— de esta luz completa.

Yo recuerdo algún día verle, después, cuando la tarde,  
afirmación cumplida,  
se hundía despacio, ciertamente grave,  
medida, hasta cejar al horizonte: cierre  
cabal, cuando la noche, avergonzada, herédala  
Pero recuerdo más. Los ojos libres,  
también para la noche  
supieron un instante después alzar sus filos  
y resolver la sombra en ciencia, en fuerza,  
en certeza y poder de estrellas claras.  
El firmamento absuelto, más, resuelto  
en bóveda completa, era ya el orbe,  
el silencioso mundo no celeste,  
más humano, porque mirado está del hombre esbelto.

¡Qué pesadumbre las estrellas graves  
sobre la frente rutilada, y horas  
y minutos! El ser, el ser sin tiempo,  
y un río pasa, y las estrellas tiemblan.